

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

8 de noviembre de 1890

Núm. 158



¡SI PUDIERA ENTRAR!



## UN RATO DE CHARLA

**S**E me permitirá que desde las páginas modestas de este periódico, absolutísimamente ajeno á la política y á cuanto huela á semejante cosa, diga que me parece sumamente mal que vaya á ser elegido académico de la Lengua el actual ministro de Ultramar, señor D. Antonio María Fabié. Y, en prueba de que no me guía el menor motivo que con la política se roce, diré desde ahora que nada hubiera tenido que oponer si, en caso de querer hacer académico á algún ministro, se hubiese buscado al señor D. Francisco Silvela, ya que méritos de sobra tiene para ello.

Hablo de esta elección académica no por otra cosa sino porque considero como un mal ejemplo el espectáculo que se ofrece á la juventud estudiosa.

Si para llegar á ser académico hay que pasar antes por un ministerio, medrados estarán los que no quieren nada con el presupuesto de la nación.

El Sr. Fabié es un mal orador, es un escritor detestable, inelegante, pesado, confuso. No niego que puede ser un sabio; pero para ser académico no basta ser sabio, sino que es preciso saber gramática, y no estaría de más tampoco la retórica.

Según parece, presentábase candidato el señor D. Francisco Asenjo Barbieri, que como sabio puede que calce más puntos que el Sr. Fabié y como escritor indudablemente le aventaja de trescientos codos; y sin embargo... ¡velay!

Con Barbieri en la Academia hubiera adquirido ésta un elemento preciosísimo: el autor de *El Barberilto de Lavapiés* es un erudito de marca mayor, un conocedor del idioma como pocos y un escritor que, como sabe mucho y tiene un ingenio admirable, deleita con sus trabajos, siempre interesantes, oportunos y sabrosos.

¡Podríase ir en Francia á elegir académicos entre los ministros! Allí un funcionario de esta clase es una cosa, y un académico es otra cosa; pero aquí lo entendemos de otra manera. Por ejemplo: en España los inventores se presentan diputados y los ministros se meten á académicos. Algún día veremos que los tenores desean ser alcaldes de barrio y los catedráticos de metafísica comisarios regios de Agricultura.

Por manera que nadie está en su lugar.



Sea, pues, académico el soporífero escritor y famoso ministro Sr. Fabié, y olvídense que existan Barbieri, D. Federico Balart, D. Isidoro Fernández Flórez, el amigo Sánchez Pérez, Pi y Margall, el portentoso doctor Letamendi, D. Joaquín Costa, D. Francisco Giner de los Ríos y una docena más que podría citar y que sin duda prestarían á la lengua castellana muchos más servicios que el Sr. Fabié, filósofo de la derecha hegeliana, según dicen; lo cual allá por los años de 1860 hubiera sido una cosa magnífica, pero que hoy huele á enjundia enranciada y resulta una ridiculez como una casa.

No hay sino conformarse, sin embargo: hay quien ha nacido para servir de ministro y académico, mientras otros han nacido para no pasar de seis mil reales.

Esas ventajas debidas á la política son una de esas cosas de España de que suelen hablar los extranjeros. Aquí la política sirve para llegar á todo: con ser uno de los naipes de la baraja política se tiene expedito el camino de las academias, y el que pasa como ejemplo de escritor insoportable y de orador aburridísimo se encuentra elevado á la categoría de maestro en la lengua castellana.

A la verdad, para ver que los Barrantes, los Catalinas, los Cañetes, los Fabié, los marqueses de Pidal, los Tejados, son los que ocupan los sillones de la Academia Española, vale más que se acabe de una vez y se suprima.

Siempre vuestro

ANTOÑITO



Un siniestro



## UN SUEÑO

(A mis compañeros, suscritores de EL CAMARADA, en prueba de amistad)

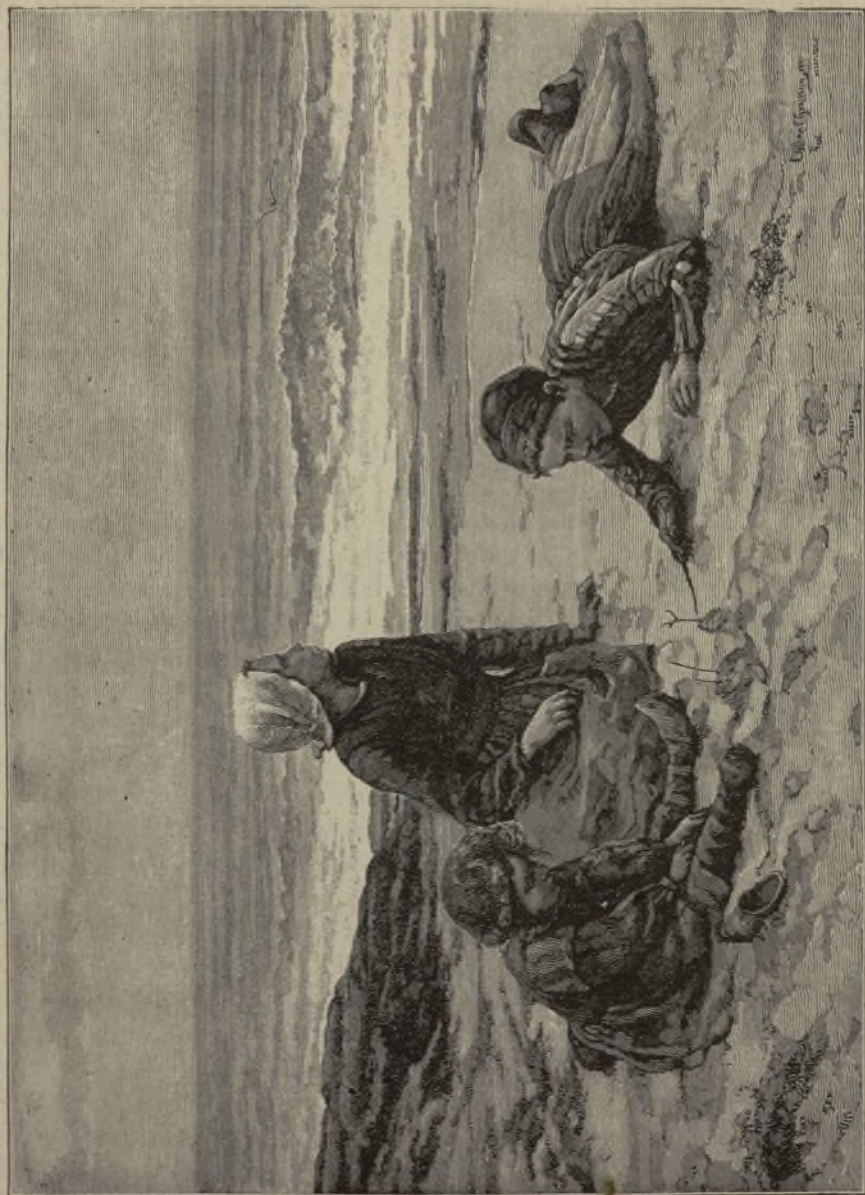
**E**STABA en una gruta ancha y oscura.  
Trastornada debía estar mi mente:  
sentí de modo atroz arder mi frente  
y aumentaba mi llanto y mi amargura.  
¡Qué horrible situación! ¡Qué triste suerte!  
¡Cuánto aumentaba la desgracia mía!  
Aquella gruta oscura y fría... fría,  
parecía morada de la muerte.  
Quise gritar; mas ¡ay! ¡esfuerzo vano!  
Quise andar; ¡mas no pude dar un paso!  
Grité, creyendo hallar respuesta acaso,  
y sólo el eco contestó lejano.  
De pronto vi una luz... luego una dama...  
¡Creí quedar inerte y sin sentido,  
y, sin embargo, percibí mi oído  
una voz melodiosa que me llama!  
Vuelvo la cara al punto: ¡cuadro horrible!  
Me encontré rodeado de serpientes  
que hacían chasquear sus blancos dientes  
y me miran de modo muy terrible.  
¡Vi dragones, fantasmas, calaveras...  
á la luz de sus ojos inflamados!  
—¡No me causáis pavor!—dije.—¡Malvados!  
¡No me dan miedo vuestras caras fieras!—  
Luego dije á la dama encantadora  
que me miraba:—Di: ¿qué, de mí, quieres?  
¿La vida? Os la daré. Mas di: ¿quién eres  
para hacerme sufrir, mujer traidora?

—Soy la Envidia,—contesta.—Si me adoras  
y donde vaya yo, vas tú también,  
tendrás riquezas que serán tu bien  
y vivirás contento á todas horas.  
—¡Riquezas! ¡Ser feliz! Pero ¿y la muerte?  
¿No piensas, por ventura, en que algún día  
se ha de acabar mi dicha y mi alegría?  
Si muero, ¿para qué quiero esa suerte?  
¡Vete, vete de mí, que no me espantas!  
¡Aléjate de mí, mujer infame!  
¡No esperes, no, que algún día te llame!  
¡No lo esperes, mujer, que no me encantas!  
¡Monstruos, fuera de mí! ¡Mujer traidora,  
vete, no quiero contemplar tu faz!  
¡Iros lejos de aquí! ¡Dejadme en paz!  
¡Quiero, para morir, sólo una hora!—  
Mas no obedece la crüel Envidia.  
Crece mi asombro. ¡Es cierto lo que veo!  
¡No puede ser verdad! ¡Yo no lo creo!  
La Gula, la Soberbia, la Desidia  
y mil monstruos me miran con furor.  
¡Se arrojan sobre mí!... ¡Yo me defiendo!...  
Voy de todos la fuerza resistiendo,  
y combato con todos con ardor.  
Hago un último esfuerzo ya aterrado:  
me deshago de todos... ¡Vi una puerta!...  
Busco la cerradura... Estaba abierta,  
y huyo sin miedo hasta llegar á un prado.

Entonces me despierto. ¡Era mi empeño!  
Consulté con las blancas almohadas  
y obtuve este consejo: *Camaradas,*  
*huid del vicio como yo en mi sueño.*

ALBERTO CASAÑAL





Novillos

## NIÑOS Y PÁJAROS

(Conclusión)

### II

Salía la *miss* á su encuentro, murmuraba Juanito un desabrido y descolorido *Good morning*, al que correspondía la inglesa con ceremonioso énfasis,



en tanto cerraba la puerta de la habitación, quedando, por consiguiente, solos los dos: cada día más niño el niño, cada día más institutriz la institutriz. No podía él remediarlo, pero en cuanto se sentaba y la inglesa empezaba sus preguntas y explicaciones, con aquel monótono sonsonete que le era habitual, el jilguero echaba á volar dentro de su pensamiento, repercutían en sus oídos los ladridos de los perros que correteaban por el jardín, sentía el relincho de los caballos que piafaban en las caballerizas; todo lo cual hacía que estallase dentro de su cabeza una jerga ensordecedora, un clamoreo tan confuso como perturbador.

A seguida venían las distracciones consiguientes, tales como dibujar perros y pájaros en los cuadernos de apuntes, profusamente ilustrados con toda suerte de monigotes; el no dar pie con bola á las preguntas de la inglesa; el golpear el suelo con el taburete, que movía acompasadamente á guisa de balancín, ó marcar perezoso ritmo con el tacón de su bota; distracciones que, sin perturbar en lo más mínimo la irritante calma de la *miss*, la obligaban, sin embargo, á llamar al orden á su discípulo. Sin embargo, ó fuese por la indiferencia con que la atendía, ó porque apenas si lograba entenderla, ello es que el muchacho la oía como si tal cosa: cuanto más le amonestaba ella, más indiferente se revelaba él. Un día, cansada ya de perder tiempo y segura de que su discípulo no se mostraba muy dispuesto á hacer honor á sus talentos, decidióse á hablarle con toda seriedad.

—¿No estás contento de mí?—le preguntó.

—Sí,—contestó Juanito con sequedad.

—Entonces ¿por qué no estudias? ¿por qué no te fijas en mis observaciones? ¿por qué no pones más cuidado en hacer tu deber?

El niño se limitó á hacer un mohín de desagrado, pero no contestó.

—¿Por qué no tienes afición al estudio?—añadió entonces la inglesa.—Tratárase de jugar con el perro ó con el gato, é hicieras de seguro prodigios de inteligencia; pero en tratándose de fijarse en una lección, la inteligencia te resulta negativa, y es que más que un niño inteligente eres un niño precoz, atolondrado y destinado á ser siempre un mal estudiante.

—Con tal que sea bueno no ambiciono ser más.

—¡Bueno tú!—objetó la inglesa.—Si tal supones vives en constante error, ya que jamás podrá ufanarse de ser un niño bueno el que nace á la vida mostrando los defectos que te afean.

—¿Yo? Pues ¿qué defectos tengo?

—Pregúntaselo á tu jilguero ó á tu cautivo y él te contestará lo que opine respecto á tus pretendidas bondades.

—¡Mi cautivo!—repuso el niño, casi consternado.

—O tu prisionero, como le quieras llamar.

—Mi amigo, ya que en realidad no tengo otro.

—Su carcelero, dijeras mejor.



—¡Su carcelero yo!—replicó Juanito dominado por violenta emoción y rompiendo á llorar.

¡Qué decía aquella mujer! ¡Le creía malo! Tal suposición resultaba una



El leon y la jirafa

injusticia á todas luces evidente. ¡Malo él, cuando sentía latir en su pecho el corazón más noble y generoso de que puede envanecerse un niño! Tan desfavorable error era para afligir y contristar al niño más apático é indiferen-





¡EL TORO! ¡EL TORO!





LA PLANCHADORCITA



te, y Juanito se afligió y lloró tanto que la *miss* no tuvo otro remedio que dar por terminada la lección, invitando á su discípulo á que saliera con ella á dar un paseo.

El niño se excusó, asegurando que no tenía ganas de salir, y, sin más explicaciones, se separó de aquella mujer, sintiendo hacia ella declarada é invencible repulsión.

### III

Con el rostro empapado de lágrimas, agitado el pecho por convulso suspirar y los ojos hinchados por el reciente lloro, fué Juanito hacia su *cautivo*, miróle á través de una nube de lágrimas, y, con voz muy queda y entrecortada por los suspiros,

—Dime,—exclamó,—¿es cierto que podrías estar mejor?

Batió el jilguero sus oscuras alas, irguió su cabecita y su garganta, gorjeó una nota tan expresiva que bien podía traducirse en el más persuasivo *sí*. Luego entre el pájaro y el niño entablóse éste ó parecido diálogo:

—Aquí ¿qué te falta?

—Libertad, cruzar el espacio con mis hermanos, dormir al calor del nido de mis padres, bañarme en ese inmenso y dilatado espacio azul que ahora contemplo á través de los hierros de esta jaula, anegarme, en fin, entre los rayos del sol. Yo, para vivir, necesito, como primer agente de vida, del calor, y á tu lado me muero de frío; y es que me faltan amigos, familia, hogar, lo más necesario á mis afecciones y á mi dicha. ¡Devuélveme, pues, la libertad! Todos los días te la pido con notas que me salen del alma, abrumada por mortal nostalgia; pero tú siempre te muestras indiferente é insensible á mis píos. ¿Qué te cuesta franquearme la salida? Verás qué pronto hiendo los aires y voy á reunirme con mi madre, que llora mi cautiverio abrumada de dolor.

—¿Es que tú también tienes madre?—le preguntó Juanito con timidez.

—Y buena como la mejor. Si tú la vieras desafiar la implacable saña con que nos persiguen los hombres cuando con la aurora parte en busca de nuestro alimento, tendrías orgullo de haber nacido jilguero: aquí silba una bala, allá cae una piedra, á lo alto sube una lluvia de perdigones, asoma por otro lado la boca de una escopeta, pronta á vomitar mortífera carga; y amenazas tan tremendas, capaces de aterrar á los más templados corazones, son heroicamente desdeñadas por la que, escudada por el amor de sus hijos, apronta resuelta y temerariamente la muerte, que á cada instante la saluda con sus más tétricas y lúgubres sonrisas. ¡Ah! ¡Es mucha madre la nuestra! ¿Por qué me privas, pues, de su grata compañía? ¿Por qué te opones á que sea feliz?

—¡Toma! Porque estás aquí mejor,—contestó ingenuamente el bondadoso niño.—Además, viene la noche, y el frío podría resultarte perjudicial.

—¡Frío el que aquí siento! Ya te lo he dicho: no hay calor comparable al





Caminito de la escuela

de los nidos. Toditos mis hermanos nos cobijamos bajo las alas de nuestra madre, y harto sabes tú que no hay calor comparable al calor maternal.

—Yo...—contestó confusamente Juanito.

—Seguramente. ¿No tienes tú madre?

—Sí.



—Y ¿no cuida de que no sientas frío?

—No: nunca está en casa cuando me acuestan. Me desnuda la doncella, y en cuanto estoy acostado me dejan solito y allí me quedo hasta que me duermo.

—¿Solo?

—Solo. Verás: ¡como casi soy ya un hombrecito!

Y el niño bajó la voz, llevó su trémula mano á los ojos para borrar una lágrima, y, sin explicarse el por qué, sintió celos de aquel pájaro. Luego, haciendo un extraordinario esfuerzo para vencer su emoción, abrió uno de los balconillos de la jaula y estrechó á su cautivo entre su mano.

Un alarido desgarrador partió de la garganta del jilguero, el cual, próximo á la asfixia,

—¿Por qué me matas?—gritó.

—¡Matarte yo!—observó Juanito consternado.—Si no te mato: es que te doy mi *adiós*, porque te devuelvo la libertad.

Abrió las manos, sacudió la avecilla su cabeza, trazó torpemente algunos círculos en el aire, y, arrancándose luego en un vuelo firme y seguro, se perdió como una estrella temblorosa en la inmensidad.

.....  
Acurrucado en un pequeño nido, oculto entre las ramas de frondoso roble, el jilguero ve llegar la noche, amparándose de sus rigores al calor del nido maternal. Al disfrutar de su agradable temperatura se acuerda de su amiguito, y algo parecido al soplo de una ráfaga helada lo hace estremecer.

—¡Pobre niño!—se dice —Si yo pudiese subírmelo á estas alturas, de fijo que sería más feliz. ¡Ser niño y sentir frío! ¡Qué horrible, qué espantoso debe de ser!

Así pensando se acercó más á su madre, despertándola con su nervioso aleteo.

—¿Qué tienes?—le preguntó ésta.

—Miedo de perderte de nuevo, —pió tristemente el pajarillo.

Aquella noche, al encontrarse Juanito solo en su dorada cama, sintió frío; pero no frío material, sino el que siente el alma huérfana de toda afección. Llamó, pero nadie contestó á su voz: la doncella encargada de velar su sueño dormitaba perezosamente en un sillón. El niño, fatigado de llamarla, hizo por dormirse, pero no pudo conciliar el sueño: el recuerdo de su amiguito le dominaba por completo, no le consentía descansar. De ahí que, al persuadirse de su triste soledad, rebotando el alma honda melancolía, exclamase:

—¡Si fuese pájaro sería más feliz! ¡Estaría más cerca de mi madre... y más cerca de Dios!

ANTONIA OPISSO







El saltimbanquis

### NUESTROS GRABADOS

#### ¡SI PUDIERA ENTRAR!

El pobre gato se ha quedado fuera y está recibiendo un chaparrón que le deja calado.—¡Si yo pudiera entrar!—piensa para sí. Pero difícil es que pueda romper el cristal á arañazos, y así no tiene más remedio que mayar fuerte á ver si le oyen.



### UN SINIESTRO

Un tratadista ha demostrado que hay veintiocho maneras de poder perder la vida yendo en ferrocarril, y es de creer que no miente. Ahí tenemos uno de los casos: una explosión en la máquina.

### NOVILLOS

Esto es, unos muchachos que han hecho novillos para ir á jugar á la playa. No hay que reprenderles, sin embargo, con demasiada aspereza; porque ¿qué chiquillo de la costa no ha hecho algunas veces lo mismo?

### EL LEÓN Y LA JIRAFÁ

La terrible fiera del desierto se ha lanzado sobre la pobre jirafa, y en cortos momentos le arrebató la vida para que les sirva de pasto á él y á su familia. El ataque está representado con notable verdad.

### ¡EL TORO! ¡EL TORO!

Pasaba una manada de bueyes y se escapó uno, furioso, produciendo la consiguiente alarma. Una inocente niña que tranquilamente se iba para casa, está á punto de ser arrollada por la fiera, cuando una valerosa señora, que acertaba á pasear por allí montada á caballo, convirtiéndose en sublime torera, lanza un pañuelo á guisa de capote sobre la cabeza del toro y salva á la niña de la embestida de la bestia. Acción heroica y acreedora á la más profunda gratitud.

### LA PLANCHADORCITA

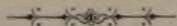
Una niña hacendosa, casera, práctica, lo cual no quita que, una vez salga á la calle, aparezca elegantísima y guapa. Así deben ser las niñas: que sepan hacer las cosas y entiendan en los quehaceres domésticos.

### CAMINITO DE LA ESCUELA

El grupo es delicioso, elocuente y conmovedor, estando perfectamente caracterizado la índole de cada chiquilla y de cada arrapiezo. Nada más tierno que ver á los humildes hijos del pueblo frecuentar las escuelas, peldaño por donde se sube á las más elevadas esferas, y, aun no siendo así, elemento admirable de dignificación personal.

### EL SALTIMBANQUIS

El pobre saltimbanquis toca alegremente el tambor mientras que la procesión anda por dentro. ¡Qué congoja se revela en los rostros de esos infelices titiriteros al ver desierta su barraca, mientras la gente acude al reclamo de otros alicientes en competencia!





## A LA VIRGEN

(PLEGARIA)

En ti espera el náufrago afligido  
cuando en la noche oscura y tormentosa  
mira hundirse su barca y, ya perdido,  
ve que la mar le va á servir de fosa.

Y nosotros también, que navegamos  
de la existencia en el revuelto mar,  
en ti ¡oh Virgen María! confiamos  
que no nos dejes nunca naufragar.

ARTURO CLAVERÍA LLOBET

## LA PASTORA DE OCAS

(Continuación)

Mientras se estuvo en lo llano, el joven podía soportarlo; pero cuando hubieron llegado á la montaña y fué menester trepar, cuando las piedras rodaban detrás de él como si hubiesen estado vivas, la fatiga superó á sus fuerzas. Las gotas de sudor bañaban su rostro y corrían, ora frías, ora ardientes, por todo su cuerpo.

—Abuela,—dijo,—no puedo más: voy á descansar un rato.

—No,—dijo la vieja;—ya descansaréis cuando habremos llegado. Ahora hay que andar. Puede que eso os servirá de algo.

—¡Eres una desvergonzada, mala vieja!—dijo el conde.

Y quiso deshacerse del saco, pero fué en vano: el saco estaba tan bien atado que parecía formar un todo con su espalda. Volvíase y revolvíase, pero sin conseguir librarse.

La vieja se echó á reir y á saltar muy alegre sobre su palito.

—No os enfadéis, mi querido señor,—dijo.—¡Estáis colorado como un pavo! Llevad tranquilamente ese bulto, y cuando habremos llegado á casa os daré una buena propina.

¿Qué hacer? Había que someterse y arrastrarse pacientemente detrás de la vieja, que parecía ir más ligera de cada vez, mientras que el bulto se hacía más pesado á cada instante. De pronto tomó ella aliento, saltó sobre el saco y se sentó encima. Por flacucha que estuviera, pesaba, sin embargo, más que la aldeana más robusta. Temblaban las rodillas del mancebo; pero cuando se detenía, la vieja le daba en las piernas con una vara y unos cardos. Trepo, sin poder resollar, por la montaña, y llegó, por fin, á la casa de la vieja en el momento en que iba á sucumbir al esfuerzo. Cuando las ocas divisaron á la vieja, extendieron las alas hacia arriba y el cuello hacia adelante y corrieron hacia ella lanzando su grito de—¡Hul, hul!—Detrás de la manada iba con una vara en la mano una vieja, alta y fuerte, pero fea como la noche.



—Madre,—dijo á la vieja;—¿os ha pasado algo? Habéis estado fuera mucho tiempo.

—Nada me ha pasado, hijita,—respondió ella;—nada me ha pasado de malo. Al contrario, ese buen señor que ves ahí me ha llevado la carga, y aún, como estaba fatigada, se me ha cargado al hombro. El camino no me ha parecido largo, pues estábamos de muy buen humor y no hemos cesado de cruzar chistosas ocurrencias.

Por fin la vieja se dejó deslizar al suelo. Quitó la carga de las espaldas del joven, los cuévanos de sus manos, le miró graciosamente y le dijo:

—Ahora sentaos en el banco y descansad. Habéis ganado lealmente vuestro salario y no lo perderéis.

En seguida dijo á la que guardaba las ocas:

—Vete á casa, niña: no conviene que estés á solas con un joven. No hay que derramar aceite sobre el fuego: podría enamorarse de ti.

El conde no sabía si debía reír ó llorar.

—Pues una moza de ese jaez,—pensó para sí,—aunque tuviese treinta años menos, no había de cosquillearme el corazón.

La vieja acarició y regaló á las ocas como si fuesen niños, y luego entró con su hijo en la casa. El joven se tendió sobre el banco, bajo un manzano silvestre. La atmósfera era dulce y tibia. A su alrededor se extendía una vasta pradera, esmaltada de primaveras, de tomillo y de mil otras flores. En medio murmuraba un claro arroyuelo iluminado por los rayos del sol, y las ocas blancas se paseaban por las orillas ó se sumergían en el agua.

—Este lugar es delicioso,—se dijo;—pero estoy tan fatigado que no puedo tener abiertos los ojos: voy á descabezar un sueño. Mientras que una ráfaga de viento no se me lleve las piernas, que están blandas como la yesca...

Cuando hubo dormido un poco, volvió la vieja y lo despertó sacudiéndole.

—Levántate,—le dijo;—no puedes permanecer aquí. Te he atormentado un poquito, es verdad; pero no te ha costado la vida. Ahora quiero darte tu salario. No tienes necesidad de dinero ni de tierras: te ofreceré otra cosa.

Diciendo esto le puso en la mano una cajita tallada en una sola esmeralda.

—Guárdala bien,—le dijo;—esto te dará suerte.

El conde se levantó, y, sintiéndose que estaba rehecho y que había recobrado las fuerzas, dió las gracias á la vieja por su regalo y se puso en camino, sin pensar un momento en buscar con los ojos á la hermosa niña. A distancia se encontraba ya, cuando oía aún lejano el alegre grito de las ocas.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA